

Antonio Pellicer Paraire

CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA

QUINTA CONFERENCIA

PROPIEDAD

Tócale hoy el turno a la cuestión magna: *la propiedad*. Importante es la religión, porque representa la razón extraviada; trascendental es la autoridad, porque determina la esclavitud; pues más importante y trascendental es aún la propiedad, porque ataca directamente nuestra existencia. Y como lo primero de todo es vivir, y después vivir libre e ilustradamente, de aquí que la cuestión de la propiedad sea la cuestión de las cuestiones. Ella integra la economía doméstica y social, la satisfacción de las necesidades individuales y colectivas, el trabajo, la producción, el consumo, el cambio, los valores, la riqueza toda; su influencia se extiende desde lo más secundario del hombre y de los pueblos hasta los más altos poderes y las instituciones más sólidas; es el privilegio positivo por excelencia y a la vez el mayor estímulo y apasionado objetivo de las clases dominadoras.

Debe entenderse que nos referimos únicamente a la *propiedad privada*; pues la que se conoce por propiedad común, que pertenece a todo el mundo, para el goce de todos los individuos indistintamente, claro es que no puede perjudicar a nadie; y, por tanto, no es esta propiedad la que merece nuestras censuras, sino la privada; esto es; *toda acumulación de riqueza para sólo el provecho individual, que puede usar y abusar de ellas el poseedor, con exclusión*

de todos los demás individuos de la sociedad, en virtud de un derecho abrogado o sancionado por leyes.

Y el problema a resolver es éste: ¿el derecho de propiedad es natural, es justo, es conveniente a la sociedad?

Desde luego la estricta honradez y la sana lógica obligan a rechazar todo derecho de apropiación particular de las cosas naturales, como el suelo y subsuelo y cuanto de naturaleza sea, por la sencilla razón de que nadie lo ha creado, y en justicia nadie puede adueñarse de lo que no ha hecho ni es suyo. Además, los elementos naturales son absolutamente indispensables para la existencia de todos los seres: de ellos depende, con ellos está enlazada; nuestra madre común es la tierra, y ella nos ofrece sus grandes recursos para la completa satisfacción de nuestras necesidades, sin privilegios ni primacías para nadie. Cualquiera, pues, que separe para sí y se apropie una parte de la tierra y sus productos, excluyendo a los demás, roba a sus hermanos su patrimonio y atenta contra su vida, porque les arrebatata los elementos necesarios a su existencia.

Cuando los europeos conquistaron la América, ningún título de propiedad podían ostentar en ella, puesto que antes ni soñaban que existiera. Los indígenas eran los usufructuarios de la tierra, y vivían donde la vida era más fácil, donde la Naturaleza se mostrase más espléndida. Los europeos fueron adueñándose por la fuerza de los territorios más ricos y de los productos naturales más lucrativos, obligando a los indios, o a someterse, a ser esclavos de los conquistadores y trabajar para sus amos, después de ser despojados de todo, o a recogerse en comercas más pobres, en que la vida es bien difícil. Esta *piadosa obra cristiana* continuó incesantemente y continúa a medida del desarrollo de la población blanca, acorralando cada vez más las tribus indias que no se avienen con nuestra civilización; y el resultado es que, por efecto de la acción aniquiladora del medio ambiente por demás estéril en que vegetan los indígenas, de aquellas numerosas razas americanas no quedan ya más que pobres restos. No sostendremos que esta causa sea la única que haya producido su extinción, pero no puede negársenos que ella ha contribuido poderosamente a exterminarlas. No es lo mismo, por cierto, vivir tranquilamente en fértiles campos que en el inclemente desierto. Y bien: este innegable hecho, todavía hoy comprobable –diganlo los indios de la América del Norte, y también los del Sur- prueba acabadamente que la apropiación particular de la tierra es un crimen.

De esta misma manera la califica el señor F. Latzina, distinguido escritor argentino, quién, en un artículo crítico de un libro, emite estos conceptos:

“El origen de la propiedad hereditaria, y por ende también de la vitalicia, su derivada, es indiscutiblemente ilegítimo; más, es criminal; porque se basa

en el despojo a mano armada del débil por el fuerte, porque es el fruto de la conquista de la tierra, y de su distribución arbitraria entre los secuaces del conquistador. La tierra es la fuente común de todas las riquezas muebles y semovientes, y siendo ilegítimo el origen de la propiedad de la tierra, y aun criminal, se sigue que toda propiedad, cualquiera que ella fuese, adolece del mismo vicio, y que nadie tiene naturalmente el derecho de ser propietario de cosa alguna, porque lo que posee lo ha sacado directa o indirectamente de la tierra, que la cubre o el mar que la baña. La formación de las fortunas en la cuenca del río de la Plata tiene el mismo origen que las de todas las demás partes del mundo. No hablo de las fortunas de miserias, pillerías y usuras, sino de las de abolengo, que tienen sus raíces en la antojadiza distribución de las tierras de los siglos pasados. Estas, que no valían casi-----

----- faltan pag. 56 y 57

Brissot escribió: “Mucho se ha clamado contra el folleto *El hombre de los cuarente escudos* (cuento satírico de Voltaire), y, sin embargo, su autor predicaba grandes verdades; predicaba la igualdad de fortunas; predicaba contra la propiedad exclusiva, porque la propiedad exclusiva es un robo de la Naturaleza”. Frase que Proudhon hizo famosa, excitando las iras de los diputados de la Cámara francesa, cuando la república del 48. – Bakounin concluía su crítica de la propiedad con estas palabras: “La concesión de la propiedad al individuo es una pura ficción; ha sido obtenida en su origen por las armas, por la conquista, por la brutalidad; después por la venta y la compra, que no son en sí mismas sino brutalidades enmascaradas”. – Y para no repetir conceptos análogos, que sería inacabable, no transcribimos nada de Campanella, Babeuf, Owen, Fourier, Caber, y tantos otros, aun prescindiendo de la brillante pléyade de vivientes notabilidades que combaten la propiedad privada con gran caudal de conocimientos.

En la época presente se alardea mucho de que ni el derecho de conquista se reconoce, ni se usan aquellos procedimientos bárbaros de antaño, porque el derecho, la justicia, se imponen en nuestra civilización; pero en nombre de esta civilización, y con refinada hipocresía, se verifica la misma brutalidad, el mismo despojo, igual usurpación de la tierra en América, África, Asia y Oceanía, a pesar de consignarse en todos los códigos de las naciones invasoras el precepto jurídico de que “nadie puede enriquecerse a costa de otros”; y si es ilícito aun en jurisprudencia medrar a costa ajena, mucho más debe condenarse la apropiación de las cosas naturales, que no son ni pueden ser de

propiedad privada, sino para la natural satisfacción de las necesidades de todos los seres.

Pero el derecho de propiedad es muy extenso: está infiltrado en todo. Y debemos repetirlo: para nosotros todo capital, toda riqueza acumulada por y para el individuo, es propiedad privada, y en todo concepto, tan ilegítima y arbitraria como la de la tierra. De la misma manera que negamos la justicia de la propiedad del suelo, porque el propietario no lo ha creado, la negamos de todo capital, porque no es un producto del solo esfuerzo del poseedor.

La única potencia creadora de toda riqueza, es el trabajo; el único productor, el obrero. Ningún hombre rico puede haber producido con su propio trabajo todo lo que posee, porque ello es materialmente imposible. Luego ha usurpado una gran cantidad de esfuerzo, de trabajo o de productos de otros. Esto es tan cierto, tan lógico, como dos y dos son cuatro. Pero más científica y elocuentemente que nosotros explica Kropotkin cómo se forma la riqueza social, que acapara una ínfima parte de privilegiados, y con su transcripción nos daremos perfecta cuenta del desbarajuste económico dominante y de la manifiesta injusticia con que se apropian los llamados propietarios de la que ningún trabajo les cuesta:

“La humanidad ha recorrido largo camino desde las edades lejanas –dice este profundo pensador- durante las cuales el hombre, elaborando en sílex útiles rudimentarios, vivía de los azares de la caza y no dejaba otra herencia a sus hijos que un abrigo debajo las rocas, que pobres utensilios de piedra- y la Naturaleza, inmensa, no comprendida, terrible, con la que tenían que entrar en lucha para conservar su misera existencia”.

“Durante este período confuso, que ha durado miles y miles de años, el género humano ha, sin embargo, acumulado tesoros inauditos. El ha limpiado el suelo de malezas, desecado pantanos, abierto paso en los bosques; ha trazado caminos; ha edificado, inventado, observado, razonado; ha creado utensilios complicados, arrancado sus secretos a la Naturaleza, subyugado el vapor; de tal manera, que a su nacimiento el ojo del hombre civilizado encuentra hoy día a su servicio todo un capital inmenso acumulado por los que han precedido. Y este capital le permite ahora obtener, solamente con su trabajo, combinado con el de los demás, riquezas que sobrepujan las aficiones de los orientales en sus cuentos de las *Mil y una noches...*”.

“Los prodigios realizados en la industria son aún más sorprendentes. Con estos seres inteligentes, las máquinas modernas, fruto de tres o cuatro generaciones de inventores, la mayor parte desconocidos, cien hombres fabrican en un año lo suficiente para vestir diez mil hombres durante dos años. En las minas de carbón bien organizadas, cien hombres extraen cada año combustible para calentar diez mil familias en un clima riguroso. Y se ha visto

últimamente una ciudad maravillosa levantarse en algunos meses en el Campo de Marte (París), sin que hayan sufrido la menor interrupción los trabajos regulares de la nación francesa...”.

“Somos ricos en las sociedades civilizadas. ¿Por qué, pues, alrededor nuestro esta miseria? ¿Por qué este trabajo penible, embrutecedor de las masas? ¿Por qué esta inseguridad del día de mañana, aun para el trabajador mejor retribuído, en medio de las riquezas heredadas del pasado, no obstante los medios poderosos de producción que darían bienestar a todos, en cambio de algunas horas de trabajo diario? Porque todo lo que es necesario a la producción –suelo, minas, máquinas, vías de comunicación, alimentos, abrigo, educación, saber –todo ha sido monopolizado por unos cuantos durante el curso de esta larga historia de saqueo, de éxodos, de guerra, de ignorancia y de opresión, en que la humanidad ha vivido antes de haber aprendido a subyugar las fuerzas de la Naturaleza. Porque, prevaliéndose de pretendidos derechos adquiridos en el pasado, se apropian hoy las dos terceras partes de la labor humana que ellos libran al despilfarro más insensato, más escandaloso; porque, habiendo reducido las masas a no tener delante de ellas con qué vivir durante un mes, ni siguiera ocho días, no permiten al hombre trabajar sino consintiendo en dejarse quitar la parte del león; por eso le impiden producir lo que sería necesario a los otros, si no lo que promete mayores beneficios al monoplizador...”.

“Millones de seres humanos han trabajado para crear esta civilización de que tanto nos glorificamos hoy. Otros millones diseminados en todos los puntos del globo trabajan para conservarla. Sin ellos, sólo quedarían escombros dentro de cincuenta años. Nada hay, desde el pensamiento hasta la invención, que no sea hechos colectivos, nacidos del pasado y del presente. Millares de inventos, conocidos o desconocidos, muertos en la miseria, han preparado la invención de cada una de estas máquinas en las que el hombre admira su genio. Millares de escritores, de poetas, de sabios, han trabajado para elaborar el saber, disipar el error, crear esta atmósfera de idea científica, sin la cual ninguna de las maravillas de nuestro siglo habría podido hacer su aparición. Científica e industria, saber y aplicación, descubrimiento y realización práctica, que conduciendo a nuevos descubrimientos, trabajo cerebral y trabajo manual –pensamiento y obra de mano- todo se enlaza. Cada descubrimiento, cada progreso, cada aumento de riqueza de la humanidad tiene su origen en el conjunto del trabajo manual y cerebral del pasado y del presente. Entonces, ¿con qué derecho podrían cualquiera apropiarse la menor partícula de este inmenso todo, y decir: “Esto es mío, y no de vosotros?” ...”.

“Hoy día, el suelo, que adquiere su valor precisamente por las necesidades de una población siempre creciente, pertenece a minorías que

pueden impedir e impiden al pueblo cultivarlo según las necesidades modernas. Las minas, que representan la labor de varias generaciones, y cuyo valor deriva de las necesidades de la industria y de la densidad de la población, pertenecen a unos cuantos, y éstos limitan la extracción del carbón o la prohíben totalmente si encuentran una venta más ventajosa para sus capitales. La maquinaria también es la propiedad de algunos solamente, aunque representa los perfeccionamientos suministrados por generaciones de trabajadores. Los ferrocarriles, que no serían más que hierro viejo inútil son la población tan compacta, sin su industria, su comercio y sus cambios, pertenecen a algunos accionistas, que tal vez ignoran dónde se encuentran las rutas que les dan rentas superiores a las de un rey de la Edad Media. Y si los hijos de los que morían a millares abriendo las zanjas y los túneles se reunieran un día y vinieran, multitud andrajosa y hambrienta, a reclamar pan a los accionistas, se encontrarían con las bayonetas y la metralla para dispersarlos y poner a salvo los *derechos adquiridos*...”

“En virtud de esta organización monstruosa, el hijo del trabajador, cuando entra en la vida, no encuentra ni un campo que pueda cultivar, ni una máquina que pueda dirigir, ni una mina que se atreva a excavar, sin ceder a su amo una buena parte de lo que producirá. Debe vender su fuerza de trabajo por una pitanza mísera e incierta. Si obtiene el permiso de aplicarse al cultivo de un campo, es a condición de ceder la cuarta parte de lo que produce a su amo, y otra cuarta parte al gobierno y a sus intermediarios. Y este impuesto extraído de su cosecha por el Estado, el amo y el intermediario, crecerá siempre y raramente le dejará ni siquiera la facultad de mejorar sus cultivos. Si se dedica a la industria, se le permitirá trabajar –y no siempre-, pero a condición de no recibir más que la tercera parte o la mitad del producto, teniendo que ser lo restante para el que la ley reconoce como propietario de la máquina”.

“Gritamos contra el barón feudal, que no permitía al cultivador tocar la tierra, a menos de entregarle la cuarta parte de su cosecha. Llamamos a esto la época bárbara. Pero si las formas han cambiado, las relaciones han quedado las mismas. Y el trabajador acepta, bajo el nombre de contrato libre, obligaciones feudales; pues en ninguna parte encontraría mejores condiciones. El todo, habiendo pasado a ser propiedad de un amo, dicho trabajador debe ceder o morir de hambre!”.

¿Cómo se comprende, pues, que una injusticia, una expoliación tan manifiesta, no esté en la conciencia de todo el pueblo trabajador, y no juzgue el hecho con el mismo horror con que puede juzgar la más insoportable tiranía? Sencillamente: porque se le engaña como se engañaría a un niño a quien se propusiese cambiar una libra esterlina falsa por otra de buena ley. En esto

consiste la llamada ciencia económica que nos propagan los que, en virtud de ella, se enriquecen. En primer lugar, han procurado convencernos de que el capital, el dinero, es el gran factor inicial e indispensable de toda producción, base de toda fortuna. En segundo término, nada más justo, dicen, que el capital sea acreedor a una remuneración; y se ha inventado el tanto por ciento de interés. Y con esto se ha formado un sistema muy complejo de explotación del trabajo, que el mismo obrero, víctima de tal astucia, ha llegado a creerlo equitativo. Para desvanecer este ilusionismo, vienen muy bien los siguientes párrafos escritos por el laborioso Grave:

“Amontónense, dice, todas las monedas de oro y plata, todos los valores rentísticos y bancarios; combínense todas las transferencias y todos los giros posibles; revuélvase todo ello cuanto se quiera: el tiempo no los aumentará en un gramo, las especies manetarias no darán a luz ninguna cría. Las especulaciones más abstractas y ficticias suponen siempre la existencia de un producto natural y de cierta dosis de trabajo, en los cuales puedan basarse los cálculos de aquéllos”.

“Suprímase esos valores, y cierto es que se modificarán las relaciones económicas, que tomarán otro rumbo las condiciones del trabajo y de la vida; pero, en último término, no habrá por eso un gramo menos de carne, un grano menos de trigo. La humanidad podrá seguir viviendo; al paso que el día en que los productores se negasen a trabajar para los capitalistas, la burguesía haría la más triste figura con todo su capital. Por tanto, el trabajo es el verdadero productor de riquezas. El capital representa el valor y el producto de todo lo robado al trabajo”.

“El invento del valor de cambio, la moneda, ha permitido a este robo asentarse en las asociaciones humanas, haciendo creer a los individuos en una remuneración de servicios, cuando se les despoja de una parte de lo producido por ellos, engañándoles acerca del valor real de las cosas”.

Añadamos, con Tcherkesoff, que “toda la sabiduría, todas las pretendidas leyes del capitalismo, se resumen como sigue: 1º Comprar la fuerza y la habilidad del obrero por menos de su valor; 2º Comprar el producto al productor al más bajo precio posible; 3º Vender el mismo producto al productor (como consumidor) al precio más elevado posible”.

Realmente es ésta toda la ciencia de los explotadores; prácticamente, la conoce mucha gente; teóricamente, todo el mundo. Lo único que se ignora es la justicia del procedimiento por qué se ha hecho legal. Todos los obreros saben que los productos que elaboran tienen un determinado valor de coste –valor arbitrario, no científico,- y que estos mismos productos no pueden obtenerlos, cuando los necesitan como consumidores, sino por el duplo o triple de lo que cuesta de elaboración: la diferencia se la embolsa el intermediario, industrial,

negociante, o lo que sea, sin haber cooperado poco ni mucho a su fabricación. Este escaso, esta supervalía, es lo que forma el capital, y también el tanto por ciento con que forma el capital, y también el tanto por ciento con que se acrecienta, la pretendida remuneración al ficticio valor dinero, con el cual se explota al obrero y el trabajo. El trabajador menos inteligente sabe que no puede hacerse de una fortuna siendo asalariado, trabajando para otros; y está convencido también de que si se le facilitasen medios para poner un taller, v. gr., podría lograrla. ¿Cómo? Buscando operarios que trabajasen para él al más bajo precio posible, y vendiendo los productos lo más caro que pudiese. Si, por ejemplo, se le hubiesen dado mil francos, esos mil francos por si solos no aumentarían su valor, ciertamente; pero sirviendo de medio de explotación, al cabo de algunos años, con un poco de suerte, podrían haber acrecido a ocho o diez mil francos. Esta relativamente pequeña –la más costosa sin duda- ¿cómo se habría obtenido? Seguramente con la explotación del trabajo y de los obreros que habría empleado y de los consumidores, los mismos trabajadores dos veces explotados, nunca, jamás, de su propia labor.

Esto, que está al alcance de toda inteligencia, debe tenerse bien presente. Cualquiera concibe que toda necesidad puede satisfacer simplemente con el trabajo; ningún producto se elabora con dinero, sino con los materiales que se extraen de la tierra y con el esfuerzo del hombre que los utiliza y da mil variadas formas e infinitas aplicaciones. Luego la moneda es un factor ficticio en la producción; un intruso que trastorna todas las cosas; de signo de cambio representativo de objetos reales que se pretende que sea, se convierte en dueño de todo, hasta de lo que ha de producirse, haciendo esclavos a todos los trabajadores. ¿Cómo se explicaría, si así no fuese, que los productores de todas las riquezas viven siempre vida miserable, y los que nada producen lo pasan, y con exceso increíble, tan regaladamente? Antiguamente se era más sincero, porque los ociosos y hábiles, proclamando la esclavitud como cosa natural, se valían de los esclavos para enriquecerse; por eso la verdadera propiedad consistía en el mayor o menor número de esclavos que cada liberto o ciudadano señor poseyese. Pero los esclavos se rebelaron, adquirieron su libertad a costa de su sangre preciosa; y entonces los egoistas y los malvados, los reyes y jefes, y nobles y querreros, y mercaderes y clérigos, todos los chupópteros de la sangre humana, inventaron la forma libre del salariado, ese encadenamiento por la miseria, el hambre, que obliga al hombre a ofrecer sus esfuerzos al señor, o al propietario o capitalista, para poder comer mal y atender a su familia peor, dejando en manos de los explotadores, todos los días, la mejor parte de sus sudores, de su labor, de su inteligencia. Y ¿por qué, con qué derecho natural o de estricta justicia? Iguales hombres son unos que otros; nacen, viven y mueren de la misma manera; ni un ápice valen más los

ricos que los pobres. En consecuencia, sólo puede suceder aberración semejante, crimen tan odioso, en virtud de la tiranía ejercida por unas clases y de la esclavitud, la miseria y la ignorancia de las otras; es la sujeción del punto de vista autoritario y religioso que continúa en el régimen económico, porque cuantos se han erigido en dominadores, en clase privilegiada, quieren vivir y vivir bien: para eso son los esclavos o los subyugados.

Para hacer más efectivo el dominio de clase, no bastaba que el hombre explotara al hombre: era menester perpetuar el privilegio. Y así como el magnate traspasa el dominio a su hijo, el rico traspasa a sus descendientes las riquezas; esto es, el derecho de testar y de heredar; las leyes de herencia. Con ellas, los vástagos de los expoliadores tienen asegurado la satisfacción de las necesidades de toda su vida y los medios de seguir expoliando. En cambio, los obreros pueden legar a sus hijos la herencia de su miseria, de su ignorancia, de su esclavitud. Y bien, paradiando la frase de Vives, ¿acaso los hijos de los ricos son más hijos de la Naturaleza que los de los pobres? ¿Qué méritos, qué derechos, llevan al nacer unos más que otros? ¿Por qué unos tienen ese privilegio, que a los otros les es negado? ¿Es que no hay bastante para todos en la tierra? Infamia tan grande, iniquidad tan patente, es la prueba más resaltante del brutal egoísmo, del atavismo salvaje, escudado en la legalización del derecho de propiedad, que se sobrepone al espíritu humanitario, a todo noble afecto, a toda idea del bien común. ¡Menester es que exista una gran relajación de sentimientos para admitirse buenamente una tal monstruosidad!

Muy compleja es la cuestión de la propiedad, para analizarla en todas sus fases; sin embargo, las ideas generales expuestas son bastantes, a nuestro juicio, para convencerse todos de que el derecho de propiedad es contrario a la Naturaleza; de que es el mayor enemigo de la igualdad, de la fraternidad y de la libertad del género humano; de que es la causa productora del constante malestar social, de la directa miseria y esclavitud del obrero –el único que cumple todos los deberes sin ningún derecho;- que es la excitación más persistente al crimen individual – robo, prostitución, homicidio;- que es la perversidad más atormentadora de la bondad humana, el factor perenne de la intranquilidad pública y privada, la institución social más perturbadora.

Y reuniendo el derecho de propiedad todas estas malas cualidades, ¿puede ser base de una sociedad libre? No es posible que ninguna conciencia verdaderamente honrada conteste afirmativamente.

Réstanos tratar la cuestión del militarismo; pero la de la propiedad, aun condensando muchísimo, nos ha ocupado demasiado tiempo, y lo más conveniente sera dejarlo para la próxima conferencia.